

Los sonidos de San Mateo del Mar

Campos Velázquez, Roberto.

Sonidos-símbolo. Una etnografía del calendario ceremonial de los huaves de San Mateo del Mar. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Septiembre 2016, 380 pp.

Estoy en San Mateo del Mar. Siete de octubre de 2017. Un mes y varios miles de réplicas después del violento sismo de magnitud 8.2 que hizo tambalear el pueblo, que tiró casas y rompió pisos de concreto haciendo brotar chorros de agua, que derribó bardas e iglesias, que exilió a gran parte de la comunidad a su ancestral territorio de Xalapa del Marqués y dejó a los que quedarán viviendo y durmiendo a la intemperie. Después de la tormenta tropical Ramón, que batió récords históricos de inundaciones, lo cual es mucho decir en un lugar como San Mateo, ubicado entre el océano y las lagunas, en una llana manga de arena que se inunda periódicamente, al punto de que toda su fisonomía cambia por completo entre la temporada seca y la de lluvias.

Estoy en San Mateo, en casa de unos amigos. Comemos en una mesa situada en el patio del jardín de sus vecinos, que después de la caída del muro es uno con el suyo. La mesa es el centro de un espacio vacío, pero rodeado por escombros. En nuestra última visita, una semana antes, ese espacio estaba totalmente invadido por el agua, hasta el punto de que había que caminar sobre tabicones. Hoy el patio está lleno de lodo, que se va secando poco a poco. Mientras comemos, comienza a sonar una banda de música muy cercana. Alguien dice que se ha muerto una vecina que vivía al principio de la calle, y al tiempo que escucho la música y la narración de los detalles de esa muerte, la conversación suscitada por el impacto de la música, recuerdo el libro de Roberto Campos y decido volver a leerlo para escribir esta reseña.

El libro, que a mi juicio tiene madera para convertirse en un clásico de los estudios sobre los huaves, en la línea de hitos tan significativos como las obras de Italo Signorini (1979) o Saúl Millán (2007), comienza presentando a los ‘huaves de la barra’, es decir, ubicados entre la cabecera municipal de San Mateo del Mar y la agencia de Huazantlán del Río, exponiendo brevemente su historia y su economía centrada en la pesca. Hace también la primera referencia a lo que denomina ‘costumbre’ (o de manera abstracta ‘religión consuetudinaria’), un sistema que entremezcla las creencias prehispánicas con el catolicismo implantado en el área por los dominicos y que constituye la base de todos los ritos del calendario ceremonial huave, los cuales a su vez están organizados en torno a dos ejes: por un lado, el culto de los santos, como la Virgen de la Candelaria o San Mateo del Mar, asociados ambos a las representaciones locales de lo sagrado, y por otro las peticiones de lluvia.

En los dos primeros capítulos, Campos revela algunas de sus fuentes y presupuestos teóricos. Al respecto, debe decirse que toda su investigación está anclada en un sólido marco doctrinal, que incluye la antropología de los sentidos de David Le Breton (2009) o la acustemología de Steven Feld (2015), entre otras aportaciones. Uno de los puntos de partida de Campos, en esta dimensión, es el carácter social de la escucha: aprendemos a escuchar nuestro entorno, y desarrollamos competencia al descifrar los sonidos

que nos rodean; los sonidos son, pues, un camino al conocimiento.

Los restantes capítulos se dedican a exponer, de una manera muy completa y detallada (que incluye partituras, esquemas, dibujos, cuadros y también descripciones muy exhaustivas de los contextos rituales), todos los sonidos del paisaje sonoro de la ritualidad sanmateña, así como de la vida cotidiana que tan entrelazada se halla con dicha ritualidad.

Inicia Campos con los que considera ‘sonidos de orden’, en primer lugar las campanas de la iglesia de San Mateo, un elemento mítico por derecho propio, con toda una historia de afirmación identitaria detrás (campanas que los antepasados nagueles robaron a los zapotecos y llevaron por aire a San Mateo). Luego, el *ajiüng* [cantar], expresiones de devoción llevadas a cabo, siempre en latín o español, en numerosas ocasiones, desde los rosarios que cada madrugada se celebran en la iglesia de la cabecera hasta los himnos dedicados a los santos, pasando por los velorios y ceremonias fúnebres, destinadas a que el *omeaats* [alma] del difunto no se quede vagando por la tierra y alcance su bienestar. El siguiente sonido de orden estudiado por Campos es la música de los *montsünd naab*, grupo de intérpretes que incluye a los tocadores de tambor, los flautistas y a quienes tocan el caparazón de tortuga percutido con cuernos de venado. Este grupo presta los servicios musicales de mayor importancia ritual y se halla presente en todas las festividades del culto a los santos y el calendario ceremonial, así como en otras muchas ocasiones de trascendencia para la comunidad, como la convocatoria a asamblea o la transferencia de cargos entre las autoridades.

Existen también ‘sonidos de desorden’, asociados en numerosas ocasiones al diablo, a menudo representado como un extranjero adinerado y elegante, ajeno a la comunidad. Tales sonidos se escuchan en Cuaresma y Semana Santa, las cuales, aunque se corresponden con las fechas señaladas por la ortodoxia del catolicismo, deben ubicarse entre los huaves ante el contexto de las peticiones de agua de temporal. Así sucede con la *manchiük nimeech* [campana del diablo], una matraca que solamente suena en Semana Santa, o el *narixiind* [voz del diablo], corneta reservada igualmente para el mismo período, el cual es considerado extremadamente peligroso, debido a

que son los días en que Cristo ha muerto y el diablo anda suelto y sin control por el mundo (Rubeo, 2000).

Los ‘sonidos relacionados con los ancestros’ son la tercera categoría diferenciada por Campos. Se trata de sonidos realizados durante el *potsojongwiiüts*, el período que media entre el Domingo de Pentecostés y la víspera del jueves de Corpus Christi, durante el cual la agrupación ceremonial de los *monlüy kawüy* [caballeros] domina el paisaje sonoro de San Mateo con el ruido de los *skil* o *rek* [baterías de cencerros], acompañado de gritos y silbos. Para entender la vinculación con los antepasados, debe tenerse en cuenta que, en el calendario ritual huave, el período Pascual, posterior a Semana Santa, está marcado por las peticiones de lluvia, que culminan precisamente en el Corpus. Por ejemplo, en las procesiones del Perdón, celebradas los tres sábados posteriores al Sábado de Gloria, las autoridades de la comunidad se dirigen al Mar Vivo (el Océano Pacífico) para solicitar la lluvia a los ancestros, los *mombasiük* [hombres con cuerpo de nube], los poderosos nagueles que tras la llegada de los españoles se marcharon a Cerro Bernal, desde donde controlan los rayos (los hombres) y los vientos del sur (las mujeres).

El capítulo 7, titulado “Otros sonidos-símbolo”, comienza presentando dos sonidos que sólo pueden escucharse el jueves de Corpus Christi: el primero de ellos es la voz en falsete de los maestros *tar*, enmascarados asociados a lo exterior, cuyas transgresiones y humor ritual sirven para establecer por la vía del contraste una imagen idílica de San Mateo, que vendría a considerarse un paraíso terrenal. El segundo es la música de la Danza de la Serpiente, la representación de un combate mítico entre *Neajeng* [el Flechador] y *Omalndiük* [la Cabeza de Serpiente] que finaliza con la decapitación simbólica de ésta, en la cual lo que está en juego es una vez más el aspecto más importante para la supervivencia de los huaves: el control del agua de temporal, el hecho de que se necesita que llegue el agua, pero de forma equilibrada, sin los peligrosos excesos que representa la serpiente. Campos continúa detallando el repertorio de los *malinches* (un grupo ceremonial de danzantes que interviene en las principales festividades religiosas), los sonidos asociados a la pirotecnia, especialmente el de los cohetes, cuyo uso está codificado ritualmente, y también los

sonidos de las bandas y orquestas de instrumentos de metal, así como de los conjuntos de música popular.

El capítulo octavo se interroga acerca de cómo se transmite el saber-hacer de los músicos. Una reflexión que me interesa particularmente se expone cuando Campos comenta que a través de sus sonidos-símbolo “los huaves de la barra han venido construyendo y reconstruyendo su memoria social” (p. 302), entendida esta última expresión en el sentido de Berliner, o sea, abriendo la posibilidad al estudio de la continuidad de la sociedad huave a lo largo de la historia, a pesar de los numerosos cambios sociales que ha enfrentado, como la evangelización, y de los que puede enfrentar, como los suscitados por la actual implantación de proyectos eólicos en el área, una posibilidad que resulta especialmente amenazadora. De este modo, el estudio de los sonidos-símbolo posibilita profundizar en la continuidad de esta sociedad, tal vez aportando nuevas respuestas a la pregunta de qué es lo que les hace seguir siendo ellos mismos durante y después de todos esos cambios sociales.

Además de sus múltiples virtudes en tanto que etnografía, otro aspecto que me gustaría señalar del libro es que, en la actualidad, cuando el *Zeitgeist* de la velocidad ha llegado también a los estudios antropológicos, donde nos encontramos con numerosas técnicas destinadas a acelerar el proceso de investigación, resulta terriblemente estimulante encontrarnos con un libro que se deriva de un trabajo de campo tan prolongado. Trabajo que incluye no sólo una estancia de un año en San Mateo, sino una serie de visitas constantes desde 2005 y, más aún, la participación en la costumbre desde los más bajos lugares del servicio a la comunidad, lo cual permitió a Campos el dar varias vueltas al ciclo ceremonial desde la primera línea de observación. Un trabajo que fue recompensado en 2016 con el premio Fray Bernardino de Sahagún, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, a la mejor tesis de doctorado en Etnología y Antropología Social, en la cual se basa este libro.

Destacables son también el anexo fotográfico del libro y la animación multimedia incluida en el CD que acompaña al mismo (depositada también en la web de la UNAM), con nueve videos y 29 audios, organizados de acuerdo a su aparición dentro del calendario ceremonial. Considero que es algo esencial para un

trabajo como el presente y que resulta asimismo uno de los elementos más placenteros de la obra.

Para finalizar este texto con unas reflexiones de carácter más íntimo, quiero decir que el libro me ha llevado a percibir San Mateo desde la perspectiva de la escucha, y por ende a recordar cuáles son mis sonidos de San Mateo. Recuerdo el sonido del Mar Vivo batiendo contra la playa como un boxeador contra su costal, cuando observábamos a los pescadores faenando con redes y papalote. El soplando del viento del Norte azuzando como tantas noches la costa del Mar Muerto, mientras en lucha con nuestras viseras veíamos la laguna llena de luces de los copos, como una ciudad, y más lejos, del otro lado, las luces rojas de los generadores eólicos como cientos de señales de peligro. El atronar de los skil frente a la Iglesia, la voz en falsete de los maestros tar; y la música de los *montsünd naab* en ese corazón del día de Corpus Christi y quizá de todo el calendario ritual que es la Danza de la Serpiente.

Por otro lado, el libro me ha servido para hacerme una idea de todos los sonidos que tengo pendientes de escuchar, como el croar de los miles de ranas que invaden las lagunas formadas en época de lluvias. O los cantos en latín de los oficios de tinieblas y las procesiones del Perdón. Ante todo, el sonido de los rayos, los rayos ante los cuales los pescadores más tradicionalistas guardan un silencio reverencial, porque saben que son la manifestación sonora de los monteoks, los nagueles antepasados. Pero nunca me ha tocado presenciar rayos en San Mateo. Sin duda, una razón para volver, una razón más.

De lo que no me cabe duda es de que, cada vez que escuche algún sonido en San Mateo, es decir, cada vez que visite San Mateo y más o menos cada momento que pase allí, tendré presentes las enseñanzas del libro de Roberto Campos. Un libro que, hablando de sonidos, nos abre los ojos a un nuevo mundo, un mundo ubicado en el centro mismo de nuestra cotidianidad, pero que a menudo dejamos de lado. Estoy seguro de que nunca más pasará desapercibido para quienes lean este magnífico trabajo.

José María Filgueiras Nodar

Doctor en Filosofía Contemporánea

Instituto de Turismo de la Universidad del Mar

jofilg@huatulco.umar.mx